CARROÑA

CAPÍTULO I

Llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán mi voz.
Los que obraron el bien resucitarán para la vida,
Pero los que obraron el mal irán a la condenación.
Juan 5: 28-29

Sebastián se despertó con una suave brisa en su rostro. Abrió un ojo primero y se dio cuenta del movimiento de la cortina que, además, dejaba entrar un rayo de sol, el cual lo encandiló brevemente. Se dio vuelta y puso su cabeza bajo la almohada. Con los ojos cerrados tanteaba a su lado buscando el control remoto mientras percibía el sonido de la ducha corriendo. Encontró el control, alzó la vista y sintió el aroma a pan tostado al interior de la habitación. Abrió los ojos y a su lado, en el escritorio, había una bandeja que además de pan tostado, traía jugo de piña y un café que seguramente estaba sin azúcar. Encendió el televisor, mordisqueó un pan y se dio cuenta de que el agua de la ducha ya no estaba corriendo. Buscó su boxer debajo de las sábanas.

Cuando hacía esto, Catalina lo miraba atenta desde la puerta de la habitación. Andaba descalza y llevaba una toalla blanca alrededor de su cuerpo. El pelo mojado le caía hasta la mitad de la espalda. Había una expresión de preocupación evidente en su rostro. No le dijo nada, vio la bandeja que le había llevado veinticinco minutos antes. Sebastián permanecía taciturno e intentaba descifrar esa expresión en su rostro. Se dio cuenta del

detalle de la bandeja, pero ¿era para tanto? A esa hora de la mañana, solo podía pensar en que lo que había pasado la noche anterior solo quedaría en eso y no trascendería en el tiempo. Lo pasaron bien, congeniaron, pero eso no era suficiente como para querer quedarse solamente con ella.

La habitación estaba fresca, Catalina sentía la brisa helada en su rostro y mientras seguía fantaseando sobre lo que había pasado con ese –casi– extraño, escuchaba que daban las noticias en el televisor. La voz de una mujer seria le invadía los oídos indicando las atrocidades y crímenes que habían ocurrido la noche anterior: habían asaltado una importante joyería, habían asesinado a dos personas en un sector pobre de la ciudad y el gobierno implementaría más medidas contra la delincuencia. Todo mientras se encamaba con Sebastián a su casa, mientras este le decía al oído lo hermosa que era y lo agradecido que estaba de haberla conocido. Catalina, en su ebriedad, le creía y pensaba que sería un lindo gesto de cortesía llevarle el desayuno a su cama al despertar, pero parecía que, aún con los ojos abiertos, Sebastián no había notado su presencia.

- Buenos días, ¿te funcionó bien la ducha?

Catalina no respondió.

-¿No? ¿Qué pasa? El desayuno, perdón. Me acabo de despertar.

Se quedó parada, helada, con ganas de decir algo. Sebastián comenzaba a incomodarse: no conocía a Catalina hacía mucho, pero no le importaba.

Siempre había sido un tipo simple. Sí, "básico" y "simple" eran adjetivos que lo describían muy bien. En ese momento tenía veintisiete años, el casamiento y los compromisos los veía algo tan lejano como la muerte.

- Chica, ¿sucede algo? – volvió a insistir.

Catalina abrió la boca pero se demoró en sacar un sonido de ella y lo que hizo fue estirar el brazo derecho con una expresión de terror.

- Me salió algo acá, no sé qué es, no me he hecho daño con nada, ¿cierto? –preguntó preocupada.

- No, linda. Anoche nos portamos bien. Debe ser una alergia, tienes una piel muy sensible. Podría haber sido el jabón que usaste recién.

Catalina intentaba recordar la noche anterior. Habían estado en uno de los clubes más importantes de la ciudad, se había tomado un par de cervezas y había compartido una botella de tequila con otras personas. Luego conoció a Sebastián y estuvieron conversando toda la noche. A él le gustó porque es una de las modelos emergentes más simpática que ha conocido y a ella le encantó porque Sebastián es fotógrafo de una revista de moda de renombre internacional.

Sin embargo, no le encontraba explicación a la roncha que le había salido en el antebrazo, la que difícilmente se podría disimular con maquillaje. Al día siguiente tenía una sesión de fotos. Eso era lo de menos, algo haría.

Se tomó el jugo que le había servido a Sebastián y se echó a su lado. Con la televisión de fondo, él le acarició el pelo, ella atenta a las atrocidades que se relataban en las noticias. La gente estaba más violenta, eso era un hecho, por eso ambos vivían desesperanzados, sin ganas de cambiar el mundo y el trabajo nunca fue un gusto, sino siempre era visto como un trámite. Eran el tipo de persona que despierta con ganas de dormir de nuevo.

Sebastián miró con terror el brazo de Catalina.

- No soy doctor, pero creo que tienes un tipo de hemorragia ahí.

- No lo puedo mover, me duele mucho… Mira, ya no es una roncha como antes, pensé que era una alergia leve o una marca por haberme rascado. Esto no es normal, ¿cierto?

Se había convertido más bien en un hematoma enorme, de color morado, que amenazaba con expandirse por todo su brazo, o peor aún, por todo su cuerpo. ¿Pero cómo podría expandirse tan rápido? Trataron de encontrarle alguna explicación, Sebastián no dudó y llamó a un par de amigos médicos que conocía. Ninguno de ellos le dio alguna importancia. Sin embargo, Sebastián confiaba en sus corazonadas y algo le decía que esto no era tan común porque Catalina le decía que no era alérgica a nada y en sus vagos conocimientos sobre esto, sabía que un hematoma o una roncha no se expande por la piel en menos de una hora.

Salieron a urgencias, Sebastián veía que con el efecto del sol de mediodía el rostro de Catalina se volvía extraño. Incluso estaba seguro de que había palidecido un poco. Tenía la impresión de que en cualquier momento se iba a desmayar.

Se subieron a la camioneta. A él le molestaba que Catalina no parara de quejarse. Había pasado ¿cuánto?, ¿una hora y un poco más? ¿Hora y media desde que le había salido la erupción? Pero, ¿y si la tenía desde anoche? ¿O si era una enfermedad que ella siempre tuvo y no se lo advirtió? ¿VIH quizás? Sebastián entró en pánico, conocía a las mujeres demasiado bien y siempre había salido invicto.

-¿Te sientes mejor? –le dijo intentando calmarla- Tranquilita, todo va a salir bien. Ya casi a llegamos.

Catalina no respondía y él no podía ver su rostro porque miraba fijamente por la ventana. Tampoco alcanzaba a verla por el espejo lateral. Fijó la vista en sus manos, le

pareció que ahora tenía las uñas un poco más largas. Su piel tenía ahora un color blanquecino, muy pálido, como el de su rostro a plena luz del sol. Pensó en lo mal y mareada que se podía sentir, quizá solo era la consecuencia de una resaca gigante tras una intensa noche de fiestas. La miró con ternura, como cuando un padre mira a su hija afectada por un resfrío menor. Le acarició el cabello, lo tenía seco. Estaban en una luz roja e intentó tomar una de sus manos a pesar del color que tenían.

Catalina se volteó a verlo, Sebastián alzó la vista y no consiguió entender lo que acababa de sucederle a quien debía ser una de las mujeres más bellas que había conocido. Sus pupilas se habían dilatado al máximo y el globo ocular tenía un color rosado diluido. Como pudo observar antes, la piel de su rostro se había vuelto pálida, además parecía que iba perdiendo la hidratación junto con sus labios, los que se habían secado y partido como pequeños trozos de cáscara.

Gritó alto y lleno de miedo involuntariamente. Sebastián intentó calmarse y con las manos temblando le tomó el pulso, pero quizás con los nervios, el miedo y la adrenalina del momento no sintió nada. Se dio cuenta de que ella no estaba respirando y, como se hace con un muerto, le cerró los párpados. Confundido, comenzó a llorar, sin saber qué hacer, se estacionó y observó el rostro muerto de Catalina, deteriorado en menos de una hora por una enfermedad que él desconocía y que la había atacado más rápido que la velocidad de la luz.

Abrió los ojos.

-¿Catalina? ¿Qué? ¿Estás bien? –comenzó a reir de felicidad entre las lágrimas que había soltado antes.

Menos de un minuto después Catalina abrió los ojos completamente pareciendo comprender lo que había a su alrededor. Ahora era evidente que estaba respirando, y

observó a Sebastián un par de minutos sin decir nada –como lo había hecho esa mañana– pero no se movió mucho. Parecía como si algo le pesara, como si aún estuviera cansada a pesar de haber dormido toda la noche o como si estuviera agonizando.

Sebastián no entendía nada, pero no le quedó mucho tiempo para pensar.

Catalina abrió su boca y se abalanzó sobre él, clavándole sus uñas en la piel, le mordió el brazo izquierdo. El dolor que sintió Sebastián se compara al dolor que sienten las personas que pierden una extremidad en un accidente violento. Gritó, trató de sacarse a Catalina de encima pero esta había alcanzado una fuerza sobre humana. De la manera que pudo, se desabrochó el cinturón de seguridad, que le impedía moverse más rápido. Cuando al fin pudo lograrlo y sacarse a la mujer de encima suyo, salió del auto despavorido, pidiendo ayuda a gritos.

Demasiado tarde.

Con el rostro reflejando el terror que se siente cuando uno se encuentra al borde de perder la vida, con un pie en el interior del túnel, aferrándose a la respiración o lo que sea para mantienerse vivo… se desplomó en el suelo ocasionando un ruido ensordecedor, frente un montón de personas que, como palomas esperando un par de migas, se habían dispuesto a su alrededor formando un círculo, para ver su brazo sangrar.

***

Sebastián se quedó dormido. En sueños veía como el cielo se tornaba verde y las nubes grises. Caminaba por las calles camino a casa sintiendo que todos lo miraban. Le dolía la cabeza y veía borroso, los ojos repentinamente se le llenaban de lágrimas pero era porque un polvo denso se había apoderado del aire, era de color blanco, como las cenizas que deja un volcán luego de hacer erupción.

A pesar de que la gente casi ni podía respirar no podían dejar de verlo. Sebastián ya estaba incómodo, se sentía mal y además lo observaban como un fenómeno. Tosió, tosió más fuerte y de su boca salió una materia verde de abundante tamaño. Tosió de nuevo para despejar su garganta y la materia verde que expulsó de su boca por segunda vez salió con un millar de pequeños gusanos. Estuvo a punto de vomitar y entró a una tienda. Pudiendo hablar apenas pidió un vaso de agua al vendedor.

-Señor, ¿se siente bien?

-De maravilla, disculpe las molestias- Le entregó el vaso.

-No se preocupe, debiera verse de todas formas, parece que tiene una pulmonía.

No se había percatado que detrás de él había un gran espejo que lo reflejaba en cuerpo completo. Se miró y vio que su cara estaba blanca, con un color pálido como si en cualquier momento fuera a vomitar todo lo que tuviese adentro. Se fijó más y sus ojos estaban de un color amarillo, el amarillo que les da a los infectados por una hepatitis. Abrió la boca, observó su dentadura y sintió como si alguna de las piezas se le fueran a caer. Estaba sudando frío y expelía un olor intenso a putrefacción, pero a putrefacción de la carne, era parecido a un animal muriéndose. Tosió de nuevo, el vendedor lo miraba atento detrás del mostrador, cualquier cosa y activaba la alarma. O peor aún, cualquier cosa extraña que hiciera y le disparaba. Tenía el revólver escondido empuñado con firmeza en

uno de los cajones abiertos. Le sonreía nervioso. Sebastián se volteó de nuevo y se pasó la mano por el pelo, cuando la sacó tenía un puñado de pelo en ella. Se tocó de nuevo y el pelo se le seguía cayendo a pedazos.

El vendedor se preparaba para apuntarlo. Sebastián perdió el control de sí mismo y con sed de carne miró fijamente al vendedor. Lo apuntó con el revólver temblando. Sebastián se acercaba decidido mientras el hombre cerraba los ojos y le disparaba.

La bala le llegó al hombro izquierdo y atravesó su cuerpo. Disparó de nuevo a su tórax y no sucedía nada. Seguía caminando, acercó su rostro al del vendedor. Este pudo oler de cerca la putrefacción de su boca y sintió como las nauseas le invadían la cabeza y el estómago.

***

Llevaba un mes en coma. Sus signos vitales estaban estables pero no había señales de evolución. Ni su familia ni amigos sabían que estaba internado, ni que lo habían operado de urgencia, ni que estuvo a punto de morir.

Mientras tanto, habían surgido unos brotes de una extraña enfermedad que amenazaba con propagarse de manera muy rápida. Durante el mes que Sebastián ha estado en coma, la enfermedad ya ha atacado a unos cientos. Sin embargo, la Organización Mundial de la Salud todavía no ha querido decretar la alerta y decir que es una pandemia, ya que la enfermedad solo se ha manifestado en unos pocos lugares del país, sobre todo en los sectores más rurales. La gente está expectante, pero todavía nadie tiene certeza de qué

es lo que se trata. El gobierno no se ha pronunciado porque debido a una estrategia comunicacional ha querido dejar de lado esto en las noticias, bajarle el perfil para no alarmar a la población.

La gente comienza a morir de a poco hasta que se transforman en cientos y miles. Es entonces cuando los rumores de una enfermedad, conspiración o terrorismo empiezan a tener más notoriedad.

Los medios de comunicación menos tradicionales comienzan a dar las luces sobre una pandemia mortal.

Cuando Sebastián fue internado cumplía con las características de la infección. Llegó pálido, en estado de shock y delirando cosas sobre antropofagia. Lloraba por Catalina, repetía sin cesar que a ella la fueran a buscar, que no se preocuparan por él, que ella estaba más mal, que se había muerto y luego había vivido nuevamente. Lo sedaron y lo llevaron a pabellón de manera inmediata. Tenía una herida expuesta y de las características que podían relacionarse con un contagio como la rabia. Esto de alguna forma explicaba lo que podría haberle provocado la muerte a los pocos días.

El cirujano se impresionó con la historia de cómo había sido todo. En veinte años de carrera jamás había visto un caso de mordedura humana tan grave. Era parecido a una gangrena similar a las "bacterias asesinas" o bacterias come-carme. Sin embargo, esta parecía propagarse más rápido de lo normal y sin signos de infección. El equipo médico no había podido determinar un diagnóstico claro antes de que Sebastián entrara a pabellón. En realidad, ninguno de ellos sabía realmente lo que le había ocurrido, por lo que decidieron actuar como si se tratase de una fasceitis necrotizante.

Así que le dirían eso, que era una gangrena que estaba con riesgo de necrosis y que las opciones eran perder el brazo o morir.

Y eso sucedió, antes de que la enfermedad siguiera avanzando y como no había ningún familiar ni amigo que pudiese firmar un consentimiento y Sebastián ya estaba sedado, el cirujano tomó la determinación de amputarle la extremidad sin pensarlo dos veces. Era lo mejor que podría haber hecho, de lo contrario se habría convertido en una nueva víctima del brote de la pandemia de la que todos han comenzado a hablar.

Escuchaba un sonido rítmico y agudo, como el de una máquina marcapasos de algún hospital. Sabía que estaba en un lugar iluminado con una luz blanquecina, penetrante a través de sus párpados. Estaba cansado y, poco a poco, comenzó a recordar en imágenes lo que había sucedido. Ciertamente no entendía nada. Abrió los ojos, vio una habitación blanca, una sala de recuperación del sector de urgencias, con un montón de otras camas con pacientes hospitalizados. Movió los dedos de los pies. La cama en la que se encontraba era blanca, tenía puesta una de esas batas indignas que les entregan los hospitales para tratar a sus pacientes. Quiso saber la hora, quiso saber dónde estaban todas sus pertenencias y, lo más importante: quiso saber qué le había pasado.

Sentía un dolor de cabeza insufrible, pero al cabo de unos minutos llegó una enfermera. Era una señora de contextura gruesa y cabello negro, que usaba corto, las uñas perfectamente cortadas, las orejas pequeñas y los ojos enormes. Le recordaba a una ardilla. Se le acercó, le tomó la presión y la temperatura en silencio, vio la hora en su reloj pulsera y Sebastián con esfuerzo se fijó en que eran las once de la noche.

- ¿Siente frío? - preguntó la mujer con indiferencia.

- No, ¿qué me pasó?

- ¿Cómo?, ¿Nadie le explicó? - preguntó la mujer con un aire entre terror y asco, y la sensación de encontrarse en el lugar y el momento equivocado.

- No, acabo de despertar.

- Estuvo inconciente.

- Me di cuenta – respondió evidenciando el enojo.

Sebastián comenzaba a desesperarse por la falta de la información, mal que mal era su cuerpo, tenía derecho a saber todos los detalles. Lo único que se le vino a la mente fue el ataque de Catalina.

- ¿Me va a decir qué pasa o tengo que llamar a su jefa?

- Fue hospitalizado de urgencia, venía con una pérdida de sangre importante y delirando. Además venía muy preocupado por alguna especie de ataque que habría sufrido, pero inmediatamente fue llevado a pabellón.

- ¿Y qué me hicieron?

- ¿No se ha dado cuenta?

Sebastián lanzó un grito ahogado y luego comenzó a llorar en silencio. No había entendido nada de lo que había pasado y además había perdido uno de sus brazos. Tenía puesta una venda enorme bajo la cual quedaba solo una parte de lo que alguna vez fue un antebrazo sano. Podía moverlo un poco, pero le dolía, no lo sentía. ¿Cómo iba a sacar fotos de ahora en adelante? Era un lisiado, y desde ese momento, la vida "normal" le sería completamente ajena, deseaba suicidarse. Pensaba que ni todas las campañas publicitarias pro inválidos podrían subirle el ánimo. A pesar de eso, iba a ser discriminado de todas formas. La enfermera lo miraba compasiva y comprensivamente, le acercó una caja de pañuelitos y le informó que su brazo estaba sufriendo un proceso de gangrena que avanzaba

de manera anormal y que de haber esperado un poco más, habría perdido la vida. Primero por la hemorragia y segundo por la gangrena. Le dijo también que tenía mucha suerte de haber sido asistido a tiempo, pero la fortuna no era importante en ese momento. Se sentía estúpido por lo que le había pasado y si algo sabía de medicina, era que la gangrena no se transmite por la mordida humana. ¿O sí? Pero ¿Catalina realmente lo había mordido? Tenía que hacer un esfuerzo por recordar y además pasar dos noches completas en esa sala de recuperación.

Una incomodidad derivada de la falta de privacidad que otorga el hecho de compartir la habitación con otros convalecientes. Segundo por, la indignidad de la batita y la resistencia que tendría de ahora en adelante a pararse e ir al baño y dejar al descubierto de los curiosos ojos de enredador todas sus partes y, tercero, porque ninguno de sus familiares y amigos sabía que estaba ahí. Por lo tanto, estaría completamente en soledad durante dos noches y eso, para una persona acostumbrada al sistema privado, es como perder una extremidad pero de manera metafórica.

Cuando por fin la enfermera le entregó sus pertenencias, pensó en llamar a alguno de sus cercanos, no le importaba a quién. Sin embargo, después de lo que había sucedido con Catalina y la confusión que implicó su llegada al hospital, junto con la mutilación no prevista de su cuerpo, solo tenía ganas de hablar con alguien más y dejar de mirar a las personas que se encontraban igual o peor que él en la habitación. Un intenso olor a pie de diabético y orina lo estaban volviendo loco y el sonido de la tos colectiva, con el quejido hondo de las viejas postradas, no lo dejarían dormir en toda la noche. Marcó un par de números pero, aparentemente su celular no encontraba señal. Lo intentó una, dos y tres horas más tarde pero no ocurrió nada. Luego pidió el teléfono del hospital, pero tampoco

funcionaba. Qué extraño, las cosas cada hora se hacían más incomprensibles. Se acurrucó, observó lo que quedaba de su brazo y se fijó que en la habitación era la única persona amputada. Se sintió distinto, discriminado con la mirada y sabía que esa sensación de ser observado por ojos ajenos con expresión compasiva y respetuosa, aunque finalmente iba a derivar en una discriminación positiva –pero discriminación igual- era de ahora en adelante lo más difícil a lo que se tenía que acostumbrar.

Y ya le estaba sucediendo, los médicos, los pacientes, las enfermeras, las visitas de los enfermos y los funcionarios del hospital lo miraban con prudencia y curiosidad. Junto con eso, con el ir y venir de la gente y el pasar de los días, se le fueron acercando y poco a poco comenzó a abrirse, a contar su historia y a través del relato, pudo comenzar a recordar de manera más patente lo que había pasado esa mañana al interior de su camioneta, con la modelo más simpática que conocía y el color de su piel femenina gangrenándose a pasos agigantados, pudriéndose, muriéndose.

Pasó una enfermera a su lado.

- Disculpe, ¿qué era lo que me había pasado?

- Tenía una gangrena que estaba avanzando muy rápido

- ¿Cuál es la causa de eso? –preguntó tenso. Sabía que algo más debía pasar.

- Depende, por lo general es la pudrición del músculo, sin embargo, su caso es anormal.

- Gracias por los cuidados de todas formas… y gracias por salvarme la vida. –Sonrió cuando dijo esto últo,p.

- En un par de horas le darán de alta y podrá, por fin, irse a su casa. Los teléfonos todavía no funcionan así que le recomiendo que se tome un taxi y se comunique con su familia apenas pueda.

- No se preocupe, gracias.

- Por nada.

- ¿Era gangrena?

- Sí.- La enfermera se retiró.

Se quedó pensando en eso, en la gangrena. Lo primero que haría sería buscar la definición exacta en Internet. Como cualquier persona que sufre un trauma de ese tipo, no podía quedarse con la duda, mal que mal, había estado a punto de perder la vida y, a cambio de eso, ahora se había convertido en un lisiado.

Pero tenía la duda: ¿y si no era gangrena?, ¿cómo se iban a equivocar tanto los médicos? Eso pasa, es negligencia, pero no le importaba demandar a alguien. Era un hombre intuitivo y cuestionaba todo, dándose cuenta de que la mayoría de las veces la gente no dice toda la verdad. La omisión es un mal humano.

Iba a averiguarlo.

"¿Y si no era gangrena?" Se preguntó de nuevo y al abandonar el hospital la duda no se retiró de su mente.